

deliberacion de hacer predicar unas santas misiones á este pueblo para, con la consideracion de las grandes verdades del Evangelio, avivar su espíritu amortiguado, en fervorizar sus corazones más que lánguidos, muertos en el amor de Dios y de los bienes espirituales, que son infinitamente superiores á los bienes de este bajo y mísero mundo, excitando á la vez en ellos sentimientos verdaderamente cristianos, máxime los de un sincero y doloroso arrepentimiento, con la esperanza de alcanzar el perdon mediante la devocion á la que es la esperanza y el refugio del pecador, y muy en especial á su santo Rosario.

Fué en la estacion de Pórtici que me encontré un dia con un sacerdote que me pareció, al par que celoso, muy docto. Era éste un fervoroso Misionero, llamado de los SS. Corazones, que era una Congregacion instituida por el venerable siervo de Dios Enrique de Secondigliano, y manifestéle mis deseos de hacer venir acá algunos misioneros para que cultivasen este suelo agreste. El susodicho sacerdote era de la familia Genovese de Pagani, y hermano de Sor Filomena Genovese, terciaria de las Ordenes de San Francisco y Santo Domingo, que acabó felizmente su carrera dejando grande opinion de santidad: él me animó mucho, ofrecióseme para dar la Mision, y desde este feliz encuentro nos

unió mutuamente el nudo de la amistad más afectuosa y sincera. Andaba yo algo pensativo y discurriendo cómo realizar mi mayor y más ardiente deseo que, ignorante cual era entonces de los asuntos eclesiásticos, y por añadidura un seglar y forastero en este pueblo, desconocido del Obispo de Nola y del Eminentísimo de Nápoles, que era entonces D. Xisto Riario Sforza, y sin valimiento ni proteccion de parte de los Prelados de las vecinas diócesis, se me presentaba como un nudo gordiano, cuya solucion, para hacerse todavía más dificultosa, hubo de encontrarse además con la envidia de aquel maligno y terrible enemigo de todo lo bueno, «*que fué el primero en desobedecer á su Creador*».

CAPÍTULO VI.

SUENA FINALMENTE LA HORA DE LA MISERICORDIA.

Estuve así por algun tiempo, pensativo y meditabundo, como he dicho antes, y sin saber á qué atenerme á fin de llevar á cabo mi plan y realizar mis más ardientes deseos, cuando en medio de mi incertidumbre y oscuridad, cual ténue rayo de luz que fugitiva se desprende á veces de entre negros nubarrones, se me ocurrió que

podría, quizá con mucha ventaja, ensayar otro expediente. Era este el de acudir — como lo hice sin demora — á nombre de la señora Condesa de Fusco, contando por supuesto con su aquiescencia, á la piedad de las fervorosas señoritas Doña Rafaela Piria y Doña Catalina Volpicelli, quienes ya en ese intervalo, con el ardor y actividad que su celo por los intereses de Dios les ministraba, habían sustituido en la angosta y ruinosa parroquia el viejo y carcomido altar de tablas, con otro nuevo de mármol. Vino también á animarme á proseguir mis propósitos, que habían de resultar tan provechosos para este entónces inculto campo de la viña del gran Padre de familia, el muy ilustre canónigo de la metropolitana de Nápoles, D. Luis Caruso, quien deseando ayudarme con todas veras en la prosecucion de mi empresa, dirigióse al Ilmo. Señor Obispo de Castellamare di Stabia, Mons. Pedagna, como amigo particular que era suyo, pidiéndole designase á un sacerdote para predicar la santa mision en esta parroquia. Pero á pesar de todo, debieron trascurrir todavía unos tres años antes de poder disponer de tres ministros de Dios para tan santa obra, por causa de mi inespencia en esta clase de asuntos.

Mas cuando suena la hora de la divina Providencia, cuando ésta quiere ya ejecutar los

decretos de sus eternos é inescrutables designios, nada valen ni pueden, ni la inexperiencia, ni las otras dificultades que tal vez puedan surgir ó por la ignorancia de los hombres, ó por la malicia del infierno, á fin de impedir su realizacion. ¡Ah! No hay obstáculos posibles para el Omnipotente.

Llega en esto el Octubre de 1875. A impulsos del veheméntísimo deseo que me devoraba de propagar la devocion á la Soberana Reina del santo Rosario — título que le es sobremanera grato — para su mayor incremento y para inspirar á estos rústicos labriegos sentimientos de filial devocion, en mis propias manos, y acompañado en mi viaje por el dignísimo sacerdote de Nápoles D. Carlos Pellegrino Schipani, de la noble familia de los Barones de ese nombre, traje de aquella ciudad una pequeña estatua de la divina Madre del místico Rosal, y la coloqué en la vieja parroquia, debajo de un bonito dosel.

Los festejos celebrados en su honor fueron aún más lucidos esta vez que en los años anteriores; celebró el clero una Misa solemne por la mañana, y por la tarde cantaron con la misma solemnidad las vísperas.

Hubo además la salva de morteretes, fuegos artificiales y una estrepitosa rifa. Fuí de vivienda en vivienda, de choza en choza invitando á

todos á que asistiesen á las fiestas que se trataban de celebrar en honra de su divina Madre, su más seguro refugio en sus necesidades y su consuelo en sus tribulaciones, animándoles á la vez á formar, para mútua ayuda, la Cofradía del santísimo Rosario.

Dispuestas de este modo las cosas, pensé despues en limpiar y asear un poco la pobre iglesia, blanqueándola para cubrir las grandes manchas que la humedad produjera en sus paredes, pintando éstas de diferentes colores, y rellenando las grietas que se habían abierto y que servían de pacífica morada á los ratones, lagartos, sabandijas y otros vichos.

Para esta obra de tan humilde restauracion, llamé á un jóven del pueblo, hijo del más antiguo de mis colonos, llamado Pascual Matrone; le entregué todo lo necesario para la obra: cinco kilogramos de tierra amarilla, diez de tierra roja, y una gran cantidad de cal blanca y negra; y con esta bien surtida provision, puso nuestro laborioso jóven las manos á la obra y pintó —figúrese el lector cómo la pintaría— la vieja y polvorienta iglesia parroquial.

Amaneció, por fin, para la Nueva Pompeya el día de las divinas misericordias. El Ilmo. Señor Obispo de Nola —para mi mayor dicha y sin que yo pensara en ello, antes contra toda mi

esperanza— autorizó á tres celosos sacerdotes para que predicasen en este á la sazón desolado valle, la tan deseada mision. Fué el 2 de Noviembre de 1875, que yo mismo salí para Castelmare de Stavia á recibir á los tres venturosos enviados del cielo para alumbrar á los que yacían sumidos en las tinieblas y sombras de la muerte. Sus nombres están grabados con caractéres del más profundo reconocimiento, no solo en nuestra memoria, sino tambien —que es lo que más importa— en el afectuoso y materno Corazon de María.

Eran el Sr. Santarpía de Léttere, Canónigo —ya pasado á mejor vida, r. i. p.— el Sr. D. José Rossi de Castelmare de Stavia, tambien Canónigo, y el Sr. D. Miguel Gentile de Gragnano, Misionero Apostólico, adscrito hoy al santuario de la Vírgen del Rosario en esta.

Tuvimos á grande honra el poder hospedarlos en nuestra casita de campo —en el famoso sitio de la *antigua venta del Valle*— y servirles con nuestras propias manos. Ni ellos —como humildes siervos que eran de Jesu-Cristo— desdeñaron hospedarse en uno de los cuartos recién contruidos.

¡Qué bello, qué tierno, qué conmovedor era el espectáculo que entónces ofrecía á los hombres, y aún á los ángeles, la Nueva Pompeya! Venían

á oír á los que anunciaban la buena nueva, hasta los ancianos y niños, no sólo de este valle, sino tambien de todos los demás lugares limítrofes. Era imposible que tanta muchedumbre cupiese dentro de la pequeña iglesia parroquial; así que fué preciso misionarles á campo abierto, expuestos todos á la intemperie del mes de Noviembre. El fervor religioso que se había apoderado de sus corazones, templaba, sin duda, el rigor de la estación. ¡Qué edificante, al par que conmovedor en extremo, era el oír resonar en estos campos, antes tan tristes y silenciosos, cuando, despues de oír el sermon, y ya de noche, volvían los campesinos, más que alegres, entusiasmados, los cánticos de alabanza y la salutación angélica que entonaban á la bendita Madre de Dios, y el ver que rebesando sus pechos un indecible placer y una alegría espiritual que nunca hasta entónces experimentaran, dirigíanse á sus pobres tugurios contentísimos de su suerte, y ávidos de tornar al día siguiente á escuchar á los mensajeros del Maestro divino sus palabras de vida eterna!

Fué tan extraordinariamente copioso el fruto de la santa mision, que bien á las claras se echó de ver cuán grandes eran el poder y la eficacia del santo Rosario, bien así como la soberana complacencia de la divina Madre. Todos se

reconciliaron con Dios, compusieron sus desavenencias y litigios, se pidieron mutuamente perdón de los agravios y ofensas que se habían hecho, y solicitaron ser admitidos en la Cofradía del Santísimo Rosario de María.

El mismo celosísimo Obispo de Nola, Padre y Pastor de estos fieles, quiso poner su sello á los maravillosos frutos que produjo la santa Mision. Era el 12 del susodicho mes de Noviembre, cuando el Ilmo. Sr. Obispo se dignaba visitar personalmente á esta porcion de la grey de Jesu-Cristo confiada á sus desvelos, con motivo de administrar, al fin de la santa Mision, el santo Sacramento de la Confirmacion á los niños de estos pobres campesinos. En esa ocasion tuve por vez primera la honra y la dicha de conocer y de tratar muy de cerca al venerable Prelado de la diócesis. Entónces le manifesté mis deseos y el proyecto que há tres años concibiera de costear aquí en la parroquia de Pompeya un hermoso altar dedicado á nuestra Señora del Rosario, para por este medio mantener en el pueblo, juntamente con el fruto de la santa Mision, la práctica constante y fervorosa de una devocion la más autorizada en la Iglesia, la más encarecidamente recomendada por nuestro soberano Pontífice, la más útil para avivar el espíritu cristiano y la piedad adormecida, la más

poderosa para promover eficazmente la santificación de las almas, y finalmente, la más cara y acepta á nuestra divina Madre María, la devoción á su santo Rosario.

Al conocer el santo Prelado mis deseos, é informado además por los venerables misioneros del estado deplorabilísimo, en lo moral y religioso, de esta población naciente, penetrado su corazón de padre del más vivo sentimiento de dolor y de la más tierna conmiseración, y con los ojos humedecidos en lágrimas, que el venerable Prelado esforzabase por reprimir, y dirigiéndose á mí y á la Condesa de Fusco, pronunció estas memorables palabras, que fueron como el origen y la semilla de la magnífica y grandiosa obra de Dios en este lugar á la sazón tan agreste y olvidado:

Creo es mi deber edificar aquí una iglesia, donde toda esta pobre gente pueda reunirse para asistir á los divinos oficios. Hace años que tengo este pensamiento, y buscaba para su ejecución una persona que me ayudara eficazmente, pues es el pueblo más remoto y más apartado de mi diócesis: y ahora que V. se me ofrece, deseoso de dedicar aquí un altar á la dulcísima Madre de los míseros mortales y á su santo Rosario, yo á mi vez propongo que edifiquemos no ya un altar, sino un templo. Forme V. una asociación cuyos

miembros contribuyan para esta obra con cinco céntimos mensuales: V. de su parte recaudará estas pequeñas cuotas, y yo á mi vez contribuiré con el subsidio de 500 francos.

Esta propuesta, en sí tan excelente, pero hecha á mi pequeñez que era tan grande que en el largo espacio de tres años no había logrado construir un altar, ni siquiera formar una asociación, por grandes esfuerzos que al efecto había hecho, pues todos se estrellaban ante la extremada pobreza de esta gente, como las hinchadas olas del Océano ante la inmóvil roca, parecíome tan extraña y tan superior á mis fuerzas, que pensé si sería tal vez un ardid del enemigo.

Y temeroso de que mi acariciada idea, cuando yo la veía á punto de realizarse tropezara con esta nueva é inesperada dificultad, le dije al Sr. Canónigo D. José Rossi:— recelo mucho que el plan del Ilmo. Prelado sea una bien disfrazada artimaña de Satanás, que trate de impedir un pequeño bien positivo so pretexto de otro mayor, pero muy hipotético: pienso, en efecto, que so pretexto de edificar la iglesia que es obra quién sabe de cuántos años, y de más dineros que años, trata de estorbar la erección canónica de la tan deseada Cofradía del santo Rosario, en el momento en que todo está ya dispuesto para su establecimiento.

A lo cual contestó, tan prudente como sábiamente, el santo ministro del Señor:

—El consejo de los superiores es la voz de Dios. Los deseos de V. le son ciertamente aceptos; pero ahora debe V. ejecutar los consejos de los superiores.

Dos días despues volvió otra vez á esta parroquia el venerable Prelado, siendo hospedado de nuevo en nuestra casita de campo, que tan gloriosamente honrada se consideraba albergando á tan santo é ilustre personaje, quien asomado á la ventana que miraba hácia la parroquia del Santísimo Salvador, y mostrando con la mano el campo que la rodeaba, dijo en tono profético:

—*Aquel es lugar donde debe edificarse el nuevo templo de Pompeya.*

El venerable Prelado, fué verdaderamente un profeta; pero él no conoció todo el alcance de su vaticinio. Catorce años despues surge en aquel mismo lugar un magnífico templo que, aun antes de terminarse, conquista una celebridad universal. Más; todavía; ese templo, comenzado á construirse con el óbolo de los pobres campesinos, era, quince años despues, puesto bajo la égida del Jefe Supremo de la cristiandad. ¡A tan alta honra se dignó elevarlo el grande y sapientísimo Leon XIII! La condesa de Fusco rehusó, por su parte, el encargo, alegando el

duelo que la affligía por la reciente muerte de un hijo suyo, y los cuidados que la imponía su familia. Pero yo, que tenía puesta mi atencion en el blanco á donde dirigía el génio avieso del mal toda su batería, sin reparar en las consecuencias de la árdua empresa, le digo: Acepta tú ahora la honrosa comision que el Señor Obispo se digna confiarnos, que por lo demás yo me esforzaré á trabajar en la santa empresa por los dos. Dáme tu firma y pónme en relacion con tus conocidos y personas de tu confianza, que todo lo demás corre á cargo de la que es, al decir de los santos Padres, casi la misma Omnipotencia, la Vírgen todopoderosa, *Virgo potens*. El sábio Prelado, como hombre muy versado en las cosas de Dios, conocía perfectamente que el carácter propio y distintivo de las obras del cielo, es siempre una tenaz contradiccion y una guerra á muerte que suele declararles el mundo, inspirado por su príncipe y jefe Luzbel, enemigo irreconciliable de todo lo bueno, máxime de la edificacion de templos, en donde los fieles rinden á la soberana majestad de Dios los homenajes de adoracion que el soberbio querría inúcuamente para sí; y dirigiéndonos su autorizada palabra, añadió:

En verdad deseais edificar una Iglesia. Pero ¿os sentís dispuestos á sufrir los dicitérios

del mundo, á arrostrar con paciencia que os llamen ladrones, gente de mal vivir, y os arrastren por las calles de Nápoles como si fuerais unos facinerosos é insignes malhechores? Pues si os sentís dispuestos para tanto, yo os prometo que llevareis felizmente á cabo la obra de Dios, porque Él bendecirá vuestros esfuerzos; pero sin esa disposicion de ánimo, todo será en vano, nada de bueno podreis hacer en efecto.

Tan autorizadas y solemnes palabras del Ungido del Señor, del Maestro y Pastor de esta diócesis, todavía paréceme resuenan en nuestros oídos, siendo ellas las que nos reaniman y nos fortalecen en medio de todas las contradicciones de que hemos sido objeto. Y el santo Prelado siempre que venía á ésta, tenía por costumbre repetírnoslas para nuestro consuelo. ¡Así es que, á pesar de todo el infierno y de todas sus máquinas, vemos con indecible contento de nuestros corazones triunfar gloriosamente la obra de Pompeya, como obra que es no de los hombres, sino sólo de Dios. En efecto, lo confesamos altamente, nunca hubiéramos sido capaces de tanta presuncion como la de emprender por nuestra iniciativa, nada menos que la edificacion de un magnífico y grandioso templo en un sitio como este, entónces olvidado y desierto, á no ser por el poderoso impulso que imprimieran

en mí las tan autorizadas palabras del señor Obispo que, présago de la oposicion que había de encontrar la obra, nos disponía para la pugna, y por la celeste y especialísima proteccion que nos ha dispensado la Madre de misericordia, que vela incesantemente por su obra y fortalece y sostiene á nuestra pequeñez y flaqueza.

Apoyado, pues, en la autoridad de tan santo é ilustre Prelado —que en aquella ocasion especialmente parecióme hablaba por superior inspiracion— emprendí sin demora y con brio la ejecucion de la obra. Y por de pronto, valiéndome del nombre y de las muchas relaciones de la condesa, escribí inmediatamente muchas cartas para sus amigas, distinguidas y piadosas señoras de la religiosa ciudad de Nápoles, pidiéndoles su concurso y su ayuda de cinco céntimos mensuales, para la santa obra de edificar un nuevo templo á la majestad y gloria del Dios vivo, en la tierra de los dioses falsos y fermentidos.

Y hé aquí cómo el Señor se vale de los ardiendes de Satanás que maquinaba la ruina del hombre, para desplegar en favor de éste las magnificencias de su misericordia, levantando del polvo al pobre y desvalido, y enalteciedo de su abyeccion y oscuridad al mendigo: *Suscitans a terra inopem, et de stercore eregens pauperem*

Pero ya es tiempo de que conozca el devoto lector el hallazgo de la taumaturga imagen de la Santísima Virgen del Rosario, —que por la multitud y calidad de sus prodigios se ha hecho ya tan célebre por todo el orbe— y cómo fué llevada al triste y desolado Valle de Pompeya.



LIBRO TERCERO

LA IMÁGEN PRODIGIOSA.

CAPÍTULO I

SU PRIMERA ENTRADA EN EL VALLE DE POMPEYA.

Los tres misioneros —y especialmente don Miguel Gentile, quien tomó á su cargo el predicar sobre el santo Rosario— inculcaron con mucho encarecimiento y ardor á los fieles la saludable y por tantos títulos á la Virgen gratísima práctica de rezar todos los días el santo Rosario.

Al terminar, pues, la santa Mision, ya consideraba yo cumplidos, tan felizmente todos mis ardientes deseos, y daba por ellos las más rendidas gracias al Altísimo.